

Clínica de Periodismo de rock	Alejandro Batalla
Práctico III	Relación entre dos shows

El tiempo no pasa, queda

“El tiempo pasa nos vamos poniendo viejos”, rezaba el clásico de Pablo Milanés, otorgándole a la vida pocas esperanzas de incrementar su valor desde la experiencia y casi rindiéndose ante la proximidad de la Parca.

El tiempo nos ha dado a muchos de nosotros grandes satisfacciones de saber que Pablo no estaba equivocado, pero que hay excepciones que confirman la regla.

Aquí, dos hipótesis que serán demostradas al finalizar este relato:

Año 2001, Río de Janeiro (Brasil) – Rock in Rio III: la realización del último de los mega eventos musicales más grandes del mundo, en su tercera edición, brindó un condimento distintivo a las dos ediciones precedentes. En la grilla ofrecía el regreso de una de las bandas más importantes de la historia del rock, Guns ‘n Roses, razón por la cual el periodismo del mundo se había concentrado en la ex capital brasileña para decapitar o sorprenderse ante tal evento.

El día llegó, luego de las poderosas presentaciones de Foo Fighters, Papa Roach y Oasis. El plato fuerte está por ser servido ante las más de 400.000 almas del Yacaré Paguá. Todos éramos una sola voz que arengaba el ingreso de Axl Rose al escenario a hacer la tan esperada catarsis “rousera”. Y así sucedió: un grito nos trajo los años felices en que el vivoreo de Axl era el deseo de todo buen roquero del planeta. Sonaba igual, pero los años habían hecho mella en aquel desgastado frontman que ya no podía afrontar las corridas extremas por el escenario, pero cuya voz estaba en condiciones inmejorables. Después de todo, no fuimos a ver un desfile de Versace, fuimos a un festival de rock. Todo lo sucedido superó las expectativas. Hubo rock, placer y efervescencia. Axl volvió con sus nuevas pistolas, que sonaron tan atronadoras como “Appetite for Destruction”.

Año 2008, Misiones (Argentina) – Rosario Blefari en vivo: donde una ya “señora de 4 décadas” demostró que podía bancarse un show como en los buenos años noventa con su banda Suárez, donde, incluso embarazada de 6 meses, demostraba su frenesí por su placer máximo: “el rock”. Rosario sorprendió con su bravura, dejando estupefacta a una platea que no esperaba semejante despliegue físico y sonoro para una persona de “esa edad”.

Demostración: el tiempo pasa, sí, pero nos quedan enormes placeres vividos y ejemplos de vida que nos inyectan adrenalina y visiones diferentes, que es lo mejor de la vida.

Algunos prefieren parafrasear a James Dean: “vive rápido, muere joven y tendrán y bonito cadáver”; otros no llegan a estirar su cuarto de hora, aunque su deseo así se manifieste; pero algunos son como el buen vino, que con los años mejora su sabor o, en este caso, que como Gardel “cada día cantan mejor”.

Clínica de Periodismo de rock	Alexis Goldenstein
Práctico III	Relación entre dos shows

Un rock, dos polos

Dos años pasaron ya desde que Andrés Calamaro se presentó, junto a Ariel Roth, en el Club Ciudad, en una suerte de reunión del extinto grupo de Los Rodríguez, realizando un recital que dejó sin palabras a todos los que tuvieron la suerte de escucharlo.

Hoy, y casi sin ninguna similitud con aquel concierto monumental, muchas bandas que sueñan con llenar un estadio se conforman con tocar en pequeños lugares, a cambio de ningún dinero, y solo la esperanza de llegar alto. Eso pasa cada domingo en el Parque Centenario.

En aquel diciembre caluroso de 2006, quien escribe no sabía bien cómo apreciar la música. Apenas podía apreciar en su totalidad el solo de guitarra de Roth, o el teclado de Calamaro en "Sin Documentos", por ejemplo. Devuelta en 2008, y con dos años de guitarra encima, la sensibilidad del oído y de la cabeza con respecto a la música es distinta, más sofisticada. A la hora de escuchar a bandas como Vinolenta, Tramposos o Edén, a metros de la calle Leopoldo Marechal, obviamente la crítica va a ser más estricta, pero no por eso deja de apreciar lo bueno que dan a los fanáticos del rock, en un fin de semana de verano.

Quizás el recital de Club Ciudad contaba con equipos de última generación, o de marcas reconocidas como Marshall, y el sonido iba a ser mejor en manos de artistas con una basta trayectoria, pero (y siempre hay un pero) el ska-rock que ofrece Vinolenta hizo saltar a la gente tanto como si hubiera sido un pogo durante el tema "El Salmón" (salvando las distancias, obviamente). Más allá de que Tramposos tocara temas de Pappo a dos guitarras y con un cantante que hacía lo que podía y Edén fuera una suerte de Greco metálico, por así decirlo, y con arreglos de teclado, movieron a los que escuchaban y les llegaron con su música, al igual que cualquiera que gane 100 millones al año, y eso es realmente lo que importa.

La recomendación va para todos aquellos que piensan que solo porque la entrada es más cara, y el nombre del que canta está en todas las remeras, va a ser un mejor espectáculo, y eso no es así, o quizás sí, pero para saberlo hay que darle cabida, en principio, a todos esos grupos que tocan solo por el amor a la música y que, con suerte y esfuerzo, algún día puedan llenar un recital de mayor magnitud.

Clínica de Periodismo de rock	Fernando Martín Alvarez
Práctico III	Relación entre dos shows

Hubo momentos en los cuales los pasajes psicodélicos de rock progresivo que escupía The Mars Volta se mezclaban con los rayos de sol que calentaban mis ideas.

Tanto que a veces no podía diferenciar cuáles eran las canciones. Decidí relajarme y me dejé invadir por la música. La transpiración y esos agudos me llevaron entonces por un viaje en el tiempo.

Treinta y ocho años antes, un grupo inglés que se asomaba tímidamente ante un exigente Royal Albert Hall se encontraba a pocos pasos de convertirse en el grupo de rock más grande del mundo. Así y todo, Led Zeppelin prefería mantenerse fuera de la órbita.

Aquel show lejano, improvisado y borroso, saturado de un color oscuro me decía que, bajo aquel viejo techo, el cielo no era tan azul como el de esta primavera del 2008.

En ambos casos, cabellos enrutados que se sacudían y chillaban como perros electrificados arrollaban todo lo que se les cruzaba a su paso.

Seguí derritiéndome, seguí delirando. Lo intenté varias veces, pero no: no había forma de acelerar la caída del sol, ni de saturar el brillo de mi televisor, más que fisurar las circunstancias con la fuerza de la bestia.

Y llegué a una linda conclusión: más allá de las distancias en tiempo y espacio, me di cuenta de que el rock goza de muy buena salud.

Clínica de Periodismo de rock	Andrés Petrucelli
Práctico III	Relación entre dos shows

La diversidad de ritmos en búsqueda de un sonido propio

“Acá adentro hay mil cumbias y rocanroles”, cantaba Manu, vocalista de Se va el camello, hace unos cinco meses, en Dub Club, cuando la banda de La Plata tocaba por primera vez en la Capital Federal. Esta diversidad que propone la frase es una realidad a la que se enfrentan las bandas que recién comienzan en la búsqueda de un estilo propio. Por otro lado, el recital que dio Por Nada, la banda de Villa Celina, en Acatraz el pasado sábado fue un fiel exponente del uso de diferentes ritmos para encontrar el sonido que los identifique.

A diferencia de quienes vienen de la ciudad de las diagonales, los muchachos del otro lado de la General Paz optan por fusionar tango, ska y funk con un rock ‘n roll clásico, muy zeppeliano por las largas improvisaciones de batería y los solos de guitarra. En cambio, Se va el camello elige la cumbia, el candombe y hasta el folclore para lidiar con el rock más sucio a través de un lenguaje más barrial. Algunas de sus letras como “Desbordar”, “Saber que se va” o “A tus vivencias” no desentonaría con las *Canciones que hablan acerca de la marihuana vol. 1* de Peter Capusotto y sus videos. En contraposición, Por Nada elige un mensaje más pop en temas como “Estar en donde estés”, dueño de un latiguillo hitero: “Relaja tu corazón, él no tiene por qué estar sufriendo mi latido”.

Los dos shows fueron consistentes y se notó cierto pudor de los músicos, inevitable por ser sus primeras presentaciones. El público, adolescente en su mayoría, disfrutó sin prejuicios las distintas presentaciones. Mientras tanto, los lugares tuvieron sus pro y sus contra: mientras la gente pudo saltar y enloquecerse en Dub Club, el sonido no era de lo mejor; en cambio, en Acatraz, el público permanecía inmóvil en su butaca pero con un sonido de hostia.

En fin, a ambas bandas le deparan muchas más presentaciones y quizás lleguen a encontrar un sonido propio. De momento, ésta anarquía musical les sienta muy bien.

Clínica de Periodismo de rock	Andrés Lamuedra
Práctico III	Relación entre dos shows

El domingo pasado, la tarde se prestaba para ver un recital de rock y, de la mano de Chernobyl, concretamente en el escenario de Acrópolis, me pude sacar las ganas de hacerlo.

En un show contundente que comenzó con el atraso típico de casi cualquier concierto de rock, aunque un poco más exagerado, Chernobyl se dio cita para volver a poner la máquina en movimiento dando su primer recital del año.

La banda, nacida en el año 86, subió al escenario pasadas las 23 y sin probar sonido, tal como habían anticipado que lo harían.

El vocalista Gustavo La Banca se desenvolvió magistralmente, desplegando todos sus años de rock sobre el escenario, sin por eso pecar de soberbio.

Las guitarras a cargo de Marcelo Ceraolo (que como dato de color estrenaba su primera guitarra fabricada por sí mismo) y Daniel Katz sonaron crujientes e incisivas, no sin la precisión que la banda requirió para dejar al público atónito y con ganas de más. Desde el bajo y la batería, Daniel De Sa y Eduardo Tridico dieron el marco rítmico necesario para que la música fluyera sin sobresaltos.

Unos ocho temas alcanzaron para que la gente que se hizo presente, entre quienes no faltaron familiares de los músicos y amigos, pudiera recordar, agitar la cabeza y dejarse llevar por el ritmo marcadamente rockero.

Sobre el final del show, Chernobyl invitó a Martín, guitarrista de Cardinal (una de las bandas que toco antes que ellos), y a Juan Cruz, hijo del cantante, para tocar y cantar juntos el tema "La tribu", clásico de la banda que fue aclamado por todo el público de la sala por su contundente estribillo cantado a 4 voces.

Luego, un tema más sirvió para hacer las veces de bis y la banda se bajó del escenario no sin antes anunciar sus próximas presentaciones en la radio bajo un formato acústico y la presentación de un libro de rock de los años 80 en el cual la banda aparece mencionada.

Tratándose de un regreso, y de músicos con larga trayectoria, es prácticamente inevitable, al menos para mí, intentar establecer una analogía con algún otro show que haya presenciado.

Mi asociación directa e instantánea se produjo con la del show titulado como "El regreso" de Andrés Calamaro en el Luna Park, por el año 2004. Salvando las distancias de popularidad y de cantidad de público presente, ambos shows contaron con un ingrediente irrenunciable de emotividad, y también en los dos se pudo ver un gran despliegue musical que demostró que el haber estado sin tocar por un tiempo no dejó que la máquina se oxidara.

Una puesta en escena muy despojada y prácticamente inexistente, más allá de la disposición propia de los músicos en el escenario (sin proyecciones, logos o vestuarios elegidos), dejó ver que en ambos casos lo verdaderamente importante del show era la música y no tanto lo visual.

La cercanía de los invitados, tanto para Chernobyl como para Andrés Calamaro (quien invitó a tocar a su hermano Javier y a amigos como Juanse o Ciro Martínez) no son un dato menor, teniendo en cuenta la gran cuota de emotividad que supone un regreso a los escenarios.

Sin duda, los regresos merecen un análisis especial dentro de los recitales y sin duda sirven para dejar en claro que el rock tiene sentimientos. Mucho más de los que uno cree y tantos dicen...

Clínica de Periodismo de rock	Ayelén Cisneros
Práctico III	Relación entre dos shows

Sentimientos

Era viernes por la tarde y el calorcito apretaba, la primavera se hacía notar. Los alrededores del estadio River Plate se asemejaban a una fiesta ansiada durante 10 años. Los grupos de amigos, novios o conocidos caminaban con un sólo rumbo y no distinguían calles de veredas. Adentro del estadio la multitud que ya había entrado sólo quería hacer una cosa: ver la vuelta de Soda Stereo. Un par de acordes de la guitarra de Cerati bastaron para que el festejo comenzara y el público no parara de saltar. “Juego de seducción” significaría el comienzo del “Me verás volver” tan promocionado por los medios. Gustavo saludó con un “Por fin” y el grito del público retumbó en todo el Monumental.

Diferente al ímpetu de Cerati, María Ezquiaga, tímida, chiquita, se sentaba en la silla del pequeño escenario del bar devenido antro del rock independiente llamado El Nacional. Con guitarra en mano y secundada por parte del grupo Rosal, ya que estaban participando de un formato acústico, comenzaría cantando una canción de su primer disco, *Educación Sentimental*. La cantante estaba apagada, su voz era brillante como siempre pero algo le ocurría, quizás estaba cansada o triste. Mientras tanto, el público sentado en mesitas redondas escuchaba expectante y callado.

El juego de luces y pantallas del estadio conjugaban para que el show fuese coherente, todo impactaba. El montaje de luces, que subía y bajaba encima de cada uno de los músicos para darle intensidad en relación con el clima creado en cada canción, producía un efecto deslumbrante e increíble. Se podían ver las caras de los músicos y sus gestos cobraban importancia. Gustavo, Zeta y Charly eran felices y estaban emocionados, quebrando con los rumores de que el reencuentro era sólo una cuestión de millones de pesos.

El escenario de El Nacional era pequeño y decorado con unas pocas luces amarillentas para aportarle más al clima melancólico que María transmitía. Esta cantante que puede sentirse orgullosa de ser una de las representantes femeninas del rock nacional actual suele confundir con sus expresiones. Sus movimientos son cortos, vacilantes y esto se potencia con su cuerpo lánguido y sus pocas palabras. María Ezquiaga es una chica tímida pero con su voz impacta, se vuelve gigante. En este último show confirmó estas características de su personalidad y la banda la apoyaba tocando correctamente sus guitarras.

El espectáculo de Soda constó de grandes éxitos, de esos que el público esperaba. Daba la oportunidad a lo que no pudieron verlos antes de escuchar las canciones en la versión similar a la original. Del mismo modo, Rosal tocó canciones de todos sus discos, que son tres, un poquito menos que Soda. Ambos transmitieron nostalgia, Soda con gran emoción y Rosal con tristeza.

Clínica de Periodismo de rock	Deborah Valado
Práctico III	Relación entre dos shows

Seguimos flameando las banderas que pintamos a la par que cantamos las canciones de nuestros ídolos. De Buenos Aires a Rosario, el tren llevaba muchas chicas que viajaban para ver a su cantante favorito, el señor Andrés Calamaro. No llevaban banderas (en este tipo de público no se acostumbra dicho ritual), aunque sí vestían remeras de Andrés de los recitales anteriores en Buenos Aires y coreaban "Estadio Azteca".

Vuelvo a la ciudad, meses después, y sobre la avenida Rivadavia, altura Flores, muchos chicos cuelgan orgullosos sus banderas, esas que llevan inscriptas sus barrios de procedencia y el nombre de la banda que van a ver, Hijos del Oeste. Exaltados por vivir la presentación del disco oficial, van a ingresar prontamente al Teatro de Flores. Allí van de desplegar sus banderas para que luego Cristian, alias Toti, Iglesias las lea reivindicando cada barrio. No es casualidad que haya toda una ceremonia alrededor de los mismos, inclusive la escenografía cuenta con un fondo que ilustra las torres de Lugano; todo trata de reflejar el eje del disco *Estalla*.

Sobre el Camping Municipal de Rosario, se esperaba que anochezca, así se encendían las luces y salía al ruedo Calamaro sobre un escenario en medio del verde y el gran Río Paraná. La excusa era presentar su última placa, *La lengua popular*, aunque en su más absoluta intimidad estaba la nostalgia de volver a tocar luego de 9 años de ausencia. Sentía una deuda con su público, ansioso por verlo tanto de nuevo como, la gran mayoría, por primera vez. Ese 22 de marzo todo estaba dispuesto para que fuera una gran noche, y así sucedió. No faltaron los griteríos de las fans enloquecidas ni tampoco los silencios en los temas de discos no tan populares como *El Salmón*. La lista fue un recorte de sus años solistas, salpicado un poco por Los Rodríguez y Los Abuelos de la Nada. El momento de mayor euforia se dio al final, con "Paloma". Andrés entregó su voz como nunca antes. Necesitaba el cariño de sus seguidores para sentirse más seguro y lo obtuvo, y así también se soltó para interpretar virtuosos solos de guitarras.

El Toti también actuó con fervor. Cantaba de igual manera sus nuevas y viejas composiciones, así reafirmaba su vocación por el rock sin importar en la banda que esté.

Clínica de Periodismo de rock	Nahuel Isella
Práctico III	Relación entre dos shows

El sábado pasado estuvo **Pablo Guerra** en el Morón Rock 08, en el Polideportivo Gorki Grana. Fue un buen recital, tocó la mayoría de las canciones de su nuevo cd ("Un lugar mejor", "Vení a verme"), también tocó los dos covers de su cd ("Ruta", de los Pérez García, y "Vidas Cruzadas", de Quique González) y también tocó una versión libre del tema "War", de Bob Marley, que a mí me gustó mucho.

El recital empezó a las 20:10, todavía de día y al aire libre; estaba iluminado por la luz del sol. Por esta razón, la puesta en escena era solo un escenario donde estaban él y su banda.

En cuanto al público, no había mucha gente, entre 20 y 30 personas (y la mayoría sentadas), por eso yo pude ver el show desde muy cerca.

A pesar de ser el primer recital que veía de Pablo Guerra y la segunda vez que lo escuchaba, me impresionó mucho el recital.

Antes de sacar su cd, Pablo Guerra estuvo en Los Caballeros de la Quema y Los Piojos.

Hablando de Los Piojos, el primer recital que vi de ellos fue todo lo contrario al de Pablo Guerra, en todos los puntos, ya que fue en el Quilmes Rock 2008, en el estadio de River.

Al recital de Los Piojos lo vi desde la popular de la cancha de River, o sea, no se veía nada, lo tuve que ver por las pantallas. Los Piojos estuvieron 2 horas en el escenario, que era espectacular, cantaron todos sus clásicos y la mayoría del nuevo cd (*Civilización*). Andrés Ciro le rindió un homenaje a los soldados de Malvinas tocando con armónica el Himno Nacional y le rindió homenaje a Jorge Guinzburg pidiendo un gran pogo para la intro de "Como Alí".

Estos dos recitales fueron grandes recitales, al menos para mí, pero fueron los dos tan diferentes que valía la pena nombrarlos.

Clínica de Periodismo de rock	Ezequiel Isella
Práctico III	Relación entre dos shows

El sábado pasado fui al Morón rock (específicamente, al recital de La Vieja Ruta) y lo relacione con el Cosquín Rock por una diferencia y no por una igualdad. El Cosquín es un festival que tiene mucha promoción, y donde van a tocar grandes artistas. En cambio, el Morón rock es un festival con gente que se quiere dar a conocer.

El Cosquín estaba lleno de gente; en el recital de La Vieja Ruta, eran 30 personas (familias que pasaban el día ahí).

De un lado, en el Cosquín, el mismo día tocaba en un escenario León Gieco y en el otro estaba tocando Nonpalidece. En Morón, también se mezclaban distintas bandas, algunas eran de blues, otras eran de pop, otras de reggae.

La puesta de escena era completamente diferente. El sábado pasado, el escenario era chico, apenas entraban los seis miembros de la banda. En Cosquín, si no veías, podías ver por las pantallas o se podían poner imágenes en éstas (como hicieron León Gieco y Los Piojos).

A mí lo que me sorprendió (en el Cosquín) fue Botafoque. Tocaba en el escenario Nitro (donde el anterior día había tocado Vetamadre frente a 10 personas), que rebalsaba de gente. Lo que me gustó fue su virtuosismo y su humildad de también darles protagonismo a los otros integrantes de la banda. En La Vieja Ruta, lo que resaltaba era el sonido de todo el grupo, ningún instrumento resaltaba (excepto la armónica en la primera canción). Tocan un blues sencillo pero lo tocan bien.

Lo malo en el Morón Rock fue que tuvo poca difusión, ya que no fue mucha gente. Pero estaba bien organizado, las bandas entraban a tiempo y el sonido era bueno. El Cosquín Rock no estaba preparado para la lluvia: para entrar al predio había que caminar 1 kilómetro de tierra (generalmente barro). El Morón Rock estaba mejor organizado que el Cosquín. Yo creo que esto fue porque es más fácil organizar un festival chico que un festival grande.

Las bandas no las puedo comparar, porque no se puede comparar una banda que no es conocida con otras que las vienen pasando de hace rato en la radio y en la televisión. La Vieja Ruta sonaba bastante bien en vivo. Yo fui con pocas expectativas porque no conocía nada de ellos. De los grupos del Cosquín, yo conocía a todos los que vi. Y tenía bastantes expectativas. Los dos festivales fueron buenos; lástima por la mala organización de uno y la poca difusión del otro.

Clínica de Periodismo de rock	Estefanía Alves
Práctico III	Relación entre dos shows

Una banda de rock, en el mejor y más barrial de los casos, es una banda de amigos. Resulta difícil pensar quizá en cinco músicos en escena tocando sin química. Claro está que existen casos en los que dicha química se perdió y han terminado dando el concierto despedida casi sin hablarse, pero no es el caso que nos congrega hoy.

Digo que una banda de rock, en el mejor de los casos, es una banda de amigos porque es una característica que se puede oler instantáneamente al ver un grupo en vivo. Y Chernobyl fue y es una banda de amigos que nació allá por los años ochenta y aún sigue en el ruedo del under. Reconozcamos en banda de amigos a un grupo unido por la música, que se conoce, que tiene armonía, que, triunfe o no, sigue tocando y eso es lo que le importa.

Al escuchar a Chernobyl se ve a una banda de amigos que disfrutaban de cada acorde que rasguen, en cada letra que entonan. Todo esto desde hace alrededor de veinticinco años. Como la banda rosarina Cielo Razzo, por qué no, pero reduciendo quince años de historia.

Chernobyl toca por disfrute. En su historia solo publicaron un LP, producido por un sello de los años ochenta. Producen música, pero casi exclusivamente en escena. Chernobyl tiene potencia, esa energía que casi en un acto forzoso hace que no puedas dejar de mover, por lo menos, el pie al compás de su rock. Rock puro. Nada más cerca de eso. Como Cielo Razzo, una banda que hizo hace un mes y medio el primer estadio Luna Park de su historia, y lo hizo vibrar. Y también estamos hablando de rock puro, y también de una banda de amigos nacidos en una de las cunas del rock local por excelencia.

La dimensión de ambos show las aleja un abismo. Chernobyl toco en Acrópolis, uno de estos pocos lugares que, luego de Cromañón, son aptos para que las bandas paguen para poder tocar. Los rosarinos, en cambio, lo hicieron en el palacio de los deportes. Pero no cabe dejar pasar que un recital de rock suele ser una fiesta, y para eso no hace falta un gran despliegue.

Chernobyl suena con violas fuertes, riff penetrantes, armónica y una voz ruda. Chernobyl sangra puro rock, y lleva también consigo el estigma de Patricio Rey y sus Redonditos de Ricota, por momentos repetidos y también en sus letras, comprometidas, de protesta social y política. Será ese condimento que les quedó de los ochenta, década en la que nacieron como músicos. Cielo Razzo sabe llevarse bien con su época. Sabe que hay mucho por hacer y lo intenta, y lo logra. En su último disco, marcadamente distinto a los anteriores, lleva las guitarras como protagonistas casi totales; no tiene una voz ruda pero sí una voz que sabe contar. Digo se lleva bien con su época porque busca, porque no se queda, porque sabe que hay más temáticas que los presos políticos y la marcha de la bronca.

En el público, ambas bandas generan algo muy similar. Los convocados se ven alegres de verlos allí, de escucharlos otra vez. En el caso de Chernobyl, de volverlos a escuchar y rememorar sentimientos comunes y en el caso de Cielo Razzo, alegría de ver a tu banda de amigos jugando en primera.

Es notable poder hoy, en el año 2008, ver a una banda nacida en una de las épocas más revolucionarias del rock local y a otra de la última camada de músicos under y, aún así, vibrar la misma energía, el mismo compromiso, igual disfrute, y los principios de una banda de amigos que toca, le gusta, se divierte, y encima le sale bien. Nada más cerca que puro rock argentino.

Clínica de Periodismo de rock	Gastón Cutica
Práctico III	Relación entre dos shows

Los tenedores libres son lugares reservados para los insaciables, valientes y aguerridos. La abundancia disponible hace que uno sepa de antemano, casi con certeza, que va a quedar satisfecho.

En ocasiones es muy común que uno se ponga los pantalones holgados y coma poco durante el día para justificar el valor del cubierto y convertirse en un depredador de pocos modales. También suele pasar que nuestros planes más primales se ven alterados por un primer plato pesado que nos llena y quita las ganas de seguir comiendo.

Sin dudas, un tenedor libre es a los amantes de la comida lo que un festival musical es a los melómanos.

Ya sea en los exuberantes festivales europeos o en los, más modestos, argentinos, la sensación es similar. Ves una banda y querés ver otra. A la segunda sentís que encontraste tu lugar en el mundo y te querés quedar a vivir ahí. A la tercera el entusiasmo empieza a decaer en forma proporcional al aumento del dolor de piernas. Ya entrada la noche uno se pregunta ¿Cuándo van a parar estos pibes con el chingui chingui?

Sábado a la tarde. Mucho calor y un sol que llega para sacarme la palidez del invierno.

Llego al Club Ciudad de Buenos Aires para disfrutar del Personal Fest y The Mars Volta me recibe con unos buñuelos psicodélicos fritos que me cayeron bastante pesados (¡pero que ricos que estaban!)

La banda tejana/mexicana, como evidenciaban las banderas que cubrían el escenario, te lleva de las narices con influencias de Hendrix, Mr. Bungle, Santana y King Crimson.

De principio a fin fueron 55 minutos de tormenta psicodélica en donde reinaba el caos completamente controlado por el excelente guitarrista Omar Rodríguez López.

En el clímax instrumental, los músicos parecen recorrer caminos separados pero que se unen en un bloque musical compacto en el que la improvisación parece reinar.

Casi con la mística de Zeppelin, The Mars Volta demuestra que en estudio son excelentes y que en vivo son aun mejores.

Similar fue la situación en el Rock Am Ring de Alemania, solo que este dura tres días y te venden cerveza donde quieras. Llego, me ubico cerca del escenario y sale Alice In Chains. Excelente show. Sigue Korn. Muy bueno, pero me voy a sentar. Llega Tool y el clima oscuro, las pantallas con videos de tenebrosos diseños y el talento casi demencial de los músicos me vuelan las chapas. Que buen recital pero... ¡todavía faltan los Guns 'n Roses!

Sin dudas los tenedores libres y los festivales te ofrecen diferentes cosas, pero funcionan de la misma manera. Son una excelente opción para encontrarse con la diversidad y descubrir nuevas opciones, pero, eso sí, hay que estar preparado o por lo menos llevar un buen digestivo.

Clínica de Periodismo de rock	Jorgelina Rocca
Práctico III	Relación entre dos shows

En su momento, cuando vi a Yellowcard, recuerdo que al sentarme a escribir acerca de ese show estaba enojada.

En el Luna Park, esa vez, había mucho pseudo punkito dando vueltas. Muchos chicos que daban sus primeros pasos en el mundo recitalero y que tenían una concepción acerca de la banda que estaban viendo que no era la misma que yo tenía. Pero eso, necesariamente, no hacía que lo que yo pensara estuviera bien o mal, y mucho menos que ellos estuvieran absolutamente equivocados. De eso, me doy cuenta dos años después.

De esa presentación de Yellowcard, la memoria a largo plazo la guardo en cada detalle: cómo comenzó la travesía, ganando entradas en la radio, y cómo terminó en Brasil, de la mano de un concurso del Suplemento Sí!

Pero de lo que estoy segura es de que, si hoy la viviera, la disfrutaría más. Con el tiempo me volví más hitera y esas bandas son ideales para mi cabeza One Hit Wonder.

Soy casi una coleccionista de bandas fiesteras, las busco sabiendo y casi temiendo que vayan a extinguirse. Y más si son llegadas desde Inglaterra. Kaiser Chiefs no se me podía escapar.

Lo que también cambió es que ahora los festivales me saturan. Me satura el agua a 7 pesos. El sol en la cara. No poder ver desde ningún ángulo. La enorme cantidad de gente. El sonido que se va con el viento. Sí, me volví molesta.

Y recordé de nuevo a Yellowcard. Al Luna Park, al Gran Rex, a la Trastienda y a todos esos lugares que satisfacen el aburguesamiento recitalero que mis piernas y espalda fueron adquiriendo.

Pero sigue habiendo cosas de las cuales no puedo escapar.

Me gusta crear, y también creer, teorías absurdas pero que son 100 por ciento comprobables. Por ejemplo: tener a un zurdo en la banda es buena señal. Y la mejor forma de ratificar esa hipótesis es viendo a Kaiser Chiefs en vivo. Y en varios casos, esos ejemplos se me presentan solos. Mars Volta y la banda de Ricky Wilson cayeron como anillo al dedo. Dos bandas potentes, con energía, que dejaron al público sin entender qué fue lo que sucedió, que pasaron como una aplanadora y que en una hora de show dejaron a tu cabeza en un limbo, moviéndose de manera anárquica. Aunque en tu inconsciente sabías que estaba siendo manejada por un gobierno déspota que no te permitía tomar ningún tipo de decisiones.

Los hits son la gran unión en shows tan dispares como estos. Esa es la única razón que necesitamos para levantar esa bandera y darles larga vida. Junto con las bandas con zurdos, claro.

Clínica de Periodismo de rock	Lucas Calautti
Práctico III	Relación entre dos shows

Andrea Álvarez (Bienal 08 de la Universidad Nacional de La Matanza) y La Renga (Autódromo de Buenos Aires): dos pájaros de un tiro.

Si en algo se asemejan estas dos bandas es en la elección de ser artistas independientes. Pero la masividad de ambos es completamente distinta. Por su parte, Andrea Álvarez es una artista reconocidísima en el ambiente rockero, pero su trayectoria solista es muy temprana. Sus shows suelen ser en el Gran Buenos Aires; pubs y auditorios para un público reducido son sus lugares predilectos. En tanto, La Renga carga una carrera con más de 20 años de vida y la convocatoria a la que ha llegado el quinteto de Mataderos es extraordinaria (mas de 100.000 personas en el Autodromo).

¿Será por eso que en los banquetes rengos el sonido es su mayor enemigo? Un ejemplo claro fue en el Oscar Gálvez, donde se ha cortado varias veces. Incluso la banda tuvo que parar el recital, debido a que los fans subían a las torres de tensión. También es cierto que es más fácil trabajar el sonido en lugares cerrados. Con esa ventaja corre Andrea Álvarez, donde la prolijidad y el profesionalismo de esta artista y sus músicos es algo verdaderamente envidiable.

Otro punto en común que tienen estos artistas es el impacto que provoca en la gente. La Renga se caracteriza por su buena onda hacia sus seguidores, por trabajar de la manera que ellos halagan (por ejemplo; "su política del boca a boca") y por el fervor místico de la banda, que genera en los rengos ese fanatismo ciego y fiel. En Andrea Álvarez, el público se va del concierto con un asombro increíble, basado en la humildad y el personaje que recrea Andrea arriba de las tablas.

La puesta en escena de estas bandas es un punto en donde no coinciden en lo más mínimo. La Renga se basa en una escenografía fuerte e impactante, similar a la que recrean los ingleses de Iron Maiden, temáticas y con muchos accesorios (juego de luces, muñecos inflables, pantallas gigantes, etc.), mientras que Andrea Álvarez se reduce más a poner todas sus fichas en lo musical, tratar de tener el mejor sonido y dejar de lado luces y accesorios de ese target. Pero si vale rescatar algo de su puesta en escena es que rompe el tradicional esquema de un trío rockero basado en guitarra y bajo adelante y en el fondo la batería. En este caso, en un primer plano se ubica la batería y en el centro del escenario y al lado de ella los músicos restantes.

En fin, dos propuestas completamente distintas, pero donde el rock y el camino de la independencia se ven bien reflejados.

Clínica de Periodismo de rock	Lucas S. Cejas Faccini
Práctico III	Relación entre dos shows

Noche de Rock 23

La noche me encontró frente a Internet buscando el Google la agenda del rock. Tuve suerte de que en cuestión de segundos encontré resultados.

Tomé cuatro shows diferentes, por las dudas. En el viaje de Boulogne a Capital hallaría la respuesta. El Ruso, un amigo, me llama para salir en la noche que recién empezaba; le digo "no, loco, tengo que ir a un recital para una clínica". "¿Quéééé?", dijo el Ruso (apenas entiende español y cómo colocar alarmas). No me iba a poner a explicarle; le dije "nos vemos en la estación y te explico".

Subimos al tren, decidimos a donde ir. Esta vez el capitán del viaje era yo. Estación Scalabrini Ortiz: nuestra bajada. Caminar más de 30 cuadras para llegar hasta Paseo de la Infanta, en los arcos de Palermo, y escuchar al patova que nos dice: "no, flaco, empieza a las 12". Eran las 10, corroboré mi hoja de datos y decía a las 10: comienzo de recital y entrada gratuita, factor importante para ser elegido. Lo barato sale caro. Nos comimos dos horas esperando a que empiece el show haciendo sapito en los lagos de los bosques de Palermo. A la hora señalada nos acercamos al lugar llamado El Punto. No había nadie, ni en patova ni la bolsa blanca vacía que suele volar por la soledad de una calle apenas iluminada. Caminamos para la parada del bondi; nuevo destino: nuestras casas. El ruso seguía con ganas de salir; un par de llamados y tenía la noche arreglada.

Ya perdidas las esperanzas, me bajo, en fin, del recorrido del bondi. Antes de atravesar la estación que hace tres horas fue inicio de una noche con más esperanzas que las que tenía en ese momento, empiezo a escuchar los golpes de un bombo y solos de guitarra. Me digo: "aflojá, flaco, ya te estás volviendo loco".

Pero no, la caminata empieza a seguir lo que escucho y me encuentro frente a un bar. Sabía de su existencia pero no de su capacidad sonora. Entro. La cara del barman me dice "flaco, si no pedís una cerveza no sos bienvenido". "Dame una, nomás". Caucamba era la banda invitada esa noche, con una buena cantidad de público para la zona geográfica: 50 personas residentes de Lugano, entre los del bar, la gente de otra banda, los borrachos y una *gruppie* que no olvidó cómo roquear. Mas de 50 eran sus años, pero no le importó a la hora de roquear y besar a los borrachos compañeros de baile. La luz que recibía la banda era la de la calle, que entraba por la ventana. Los accesorios luminosos se limitaban a una luz que ni siquiera apuntaba a los músicos. La voz no se escuchaba, cosa normal en esta etapa de crecimiento del rock. Por un momento recordé aquella noche de Carajo en Obras, cerrando la gira de *Immundo*, su última placa: luces que los apuntaban y cambiaban sus colores, banderas, ya no anunciaban sus temas por que eran sabidos con los primeros acordes, son las principales diferencias que encontré en esa mesa de bar mientras bajaba el plástico vaso de cerveza. La banda sonó bien. El guitarrista me vino a agradecer los aplausos que llegó a ver que hice desde la última localidad. Carajo alguna vez tocó en lugares así. Este podría ser el comienzo de una gran banda. Es cuestión de tiempo para que la banda crezca. "Vamos las bandas", diría el Indio. El publicó cantaba todos los temas sentados en sus mesas; en un recital de Carajo, si podés mantenerte parado, cantás.

Luca siempre tuvo razón: nos vamos poniendo tecno. El aspecto técnico marca mucho la diferencia del crecimiento para recibir mejor el mensaje que desea transmitir el rock.

Clínica de Periodismo de rock	Martín Aragón
Práctico III	Relación entre dos shows

No recuerdo bien qué mes de 1980 era. Lo que tengo a fuego marcado es que no me iba a perder de ninguna manera la presentación de *Bicicleta*, tercer álbum de Serú Giran, en el Estadio Obras.

Obviamente, los dos primeros vinilos estaban gastados de tantas pasadas por otras tantas y diferentes púas. El próximo trabajo de los “beatles argentinos” todavía no había salido a la venta. Por lo tanto, allí estaríamos a pesar de no conocer ninguno de los temas en profundidad. ¿Qué nos traerían ahora después de “La grasa de las capitales”? Lo igualarían. ¡Mamita!

Me siento en la platea con mi compañera de antaño y aparecen en el escenario muchas bicicletas pendientes de finas sogas, más otras extrañas formas que el paso de los años me borroneó.

Y sin el más mínimo anuncio, allí estaban García, Lebon, Aznar y Moro, dando una cátedra de música. Me siento imposibilitado de describir las diferentes sensaciones que me producía lo que emanaba de aquellos instrumentos y micrófonos. Los invito a escuchar en forma completa el hoy cd, y eso multiplíquelo por un millón.

Lo que sí quiero compartir es el susto y lo maravilloso que fue cuando comenzaba el primer estribillo de “Encuentro con el diablo”: salieron de algún lugar del escenario varias llamaradas de fuego. ¡Uuuhhh! Otra vez el estribillo y de nuevo el fuego; una y otra vez. Les recuerdo, queridos jovencitos, era 1980 y un tal Videla (o el rey de espadas) decidía por nosotros.

Hace poco, charlando con David Lebon, me confesó que, en la vorágine del recital, en el primer fogonazo estaba tan cerca que se le quemó el flequillo, ¡literalmente!

A partir de ese día, fueron muy pocas las presentaciones de Serú Giran en que no estuve.

Túnel del tiempo mediante, me encuentro en The Cavern Buenos Aires, año 2002. Con mi ya amigo García tocando en el pequeño escenario a sólo un metro y medio mío. Nos pregunta a las menos de 200 personas que estábamos allí qué queríamos escuchar. “Viernes 3 AM”, le respondo sin dudar. “Es muy triste”, me dice, y al mismo tiempo comenzó con los primeros acordes y con su voz un tanto más raspada, dice: “La fiebre de un sábado azul...”

Clínica de Periodismo de rock	Tomás Durrieu
Práctico III	Relación entre dos shows

Rolling Stones vs. R.E.M.

Es detestable la idea de poner “versus” en el medio de dos bandas, pero sirve para vender la noticia. El “fundamentalismo” es tan detestable como inevitable en algunos casos.

El 23 de febrero del 2006, los Rolling Stones dieron –hasta el momento– su último recital en Buenos Aires. La temperatura era ideal pero llovía. En cualquier otra circunstancia no hubiese importado, pero estos sesentones, que tanto despliegue tienen en el escenario, podrían haber cancelado con 70 mil personas y todos nos hubiésemos ido del Monumental con el cantito: “oooohhhhh, vamo’ los Stones”. Sin embargo, salieron y tocaron.

El 1 de noviembre, en el festival Personal Fest, una banda que está lejos del estilo Stone como lo es R.E.M. hizo de las suyas en el Club Ciudad de Buenos Aires. El pelado y sus secuaces hicieron de las suyas cerca de 2 horas frente a 25 mil personas. El público respondió con agrado, aunque tímido, como si seguir a un pelado no fuese del todo cool.

El público de los Stones es, en ese aspecto, distinto. Son menos tiernos, pero más pasionales. Del primero al último revoleaban algo en el eterno fin del himno “Satisfaction”.

R.E.M. maneja otra estética, otras formas. Son más presentables, si se quiere. El pelado se mueve con menos erotismo que Jagger, pero tiene cierto carisma.

Jagger y sus amigotes no suenan para nada parecido a sus discos. Todo lo contrario, son sucios. Muchas veces Richards parece perder el rumbo y volver, como si tocara la guitarra cayendo del cocotero. Charlie da la impresión de aquel que juega con los cubiertos mientras espera la comida en un bar. Ronnie, bueno, es Ronnie.

Mientras tanto, R.E.M. suena parejo, firme y potente. Son menos fiesteros, menos “coger” y más “amor”. Más “podemos cambiar el mundo” y menos “pasémosla bien esta noche y mañana vemos”. Así también llegan a los temas más movidos. Con ese principio de: “somos rockers, pero buenos”.

Las dos bandas pueden atravesar la cabeza de cualquier mortal como un rayo. Dejarte miles de reflexiones, el nivel de adrenalina en cifras insospechadas. Porque, básicamente, invitan a volver antes de arrancar. Son tipos que han pasado años en escenarios y han demostrado que todos ellos les quedan chicos.

Como les decía, no es bueno ser un fundamentalista y creer que uno es mejor que otro. Además, quién se atreve a suponer que los Rolling Stones no son los más grandes.

Clínica de Periodismo de rock	Diego Zusmanovicius
Práctico III	Relación entre dos shows

2001-2008... No, no es un periodo presidencial, ni mucho menos la fecha de nacimiento y muerte de nadie. Son los años en que R.E.M. tocó en Buenos Aires. La misma banda, pero marcos muy diferentes en cada ocasión. En el 2001 tocaban en el "Festival Hot", que se realizó en el Campo de Polo, en donde montaron un escenario repleto de luces de neón, que le daba al espectáculo una visual pocas veces vista por estos pagos, y pudieron desplegar una batería de hits que hizo delirar a la masa que enloquecía con el paso de cada tema.

Debo admitir que yo también era otro en ese momento, y otra mi actitud frente a la banda. Pude estar muy cerca del escenario y ver cómo Michael Stipe y toda su *troupe* descubrían a un público efervescente que no paraba de corear sus temas, cosa que, supongo, los habrá sorprendido bastante.

Pasaron más de siete años, y esa semilla que plantaron en aquel momento tuvo sus frutos. ¡Y vaya que los tuvo! En esta ocasión los convocó el Personal Fest, y nuevamente la banda no defraudó.

El escenario, montado de manera impecable, mostraba luces que acompañaban a cada tema y tres pantallas gigantes le dieron al show una estética digna de un video clip.

En ambas ocasiones, el sonido fue excelente. Esta vez yo me encontraba a unos cien metros del escenario (los años no vienen solos, dicen), pero la vibra que transmitió la banda superó a la del 2001.

El 2008 los trajo con disco nuevo, *Accelerate*, y con mensaje político incluido. Su apoyo al Partido Demócrata para las elecciones en Estados Unidos quedó en claro cuando Stipe dijo "esperamos una nueva era con Obama".

El cantante demostró su amor con el público cuando bajó del escenario y se acercó a las vallas, en donde la gente no paró de tocarlo y acariciarlo, un gesto que sorprendió a muchos.

En definitiva, fueron dos shows distintos, pero demostraron que conservan la esencia con la que hace casi treinta años se juntaron en un garage para dar forma a este gran R.E.M.